

Hay historias que comienzan mal y terminan mal.

Felipe abrió la ventana, recibió un golpe de viento fresco y enseguida presintió el espectáculo que ocurriría en el parque junto a su casa.

Una señora de vestido azul paseaba a una perra Bóxer con la nariz aplastada y cara de pocos amigos. Que no haya confusión, la de la nariz aplastada y gesto de disgusto era la perra, porque la señora lucía muy simpática, la verdad.

En el mismo parque, un señor de pantalón verde paseaba a un perro Labrador con gesto serio. En este caso, el gesto sí correspondía al señor que iba tan serio como si le apretara la ropa interior; mientras que su perro Labrador mostraba esa cara amable que tienen todos los de su raza.

Los dos perros se miraron a la distancia por un segundo y se pusieron en alerta.

En el ambiente había tensión, odio a primera vista.

Ambos animales parecían decirse con la mirada: «Este parque es mío, ¡aleja tus patas mugrosas y peludas de mi territorio!».

La señora de vestido azul dio un tirón al collar y dijo: «¡Quieta, Polilla!». Pero a Polilla le importó un rábano la instrucción de su dueña.

El señor de pantalón verde tiró del collar del Labrador y gritó en inglés: «*Stop, Waldo!*». Pero Waldo debía hablar chino o ruso, pero no inglés, porque desobedeció la orden del amo y se lanzó a atacar a la perra Bóxer.

Cinco segundos duró la pelea. Gruñidos y dentelladas. Saliva espumosa y ladridos escandalosos. No hubo sangre, pero sí unas cuantas mordidas y pelos arrancados. Por suerte, ambos dueños supieron gritar y tirar con fuerza de los collares, como para que sus mascotas recordaran quién manda a quién.

—¡Ay, qué barbaridad! —dijo la señora de vestido azul sujetando a su perra que continuaba mostrando los colmillos como gesto de amenaza.

—Lo siento mucho, señora —dijo el señor de pantalón verde—, no sé qué le ha pasado a Waldo, siempre ha sido muy manso y educado.

La mujer vio a su perra Bóxer y, señalándole con el dedo índice, le dijo:

—¡Pero qué feo espectáculo, Polilla! ¡Esos no son los modales que te he enseñado en casa! ¡Mala, mala!

La pobre Polilla bajó las orejas y ladró avergonzada a su dueña.

Mientras tanto el señor de pantalón verde volvió a sujetar con fuerza a Waldo y le dijo:

—¡Qué vergüenza, Waldo! ¡Como si fueras un perro callejero sin educación! ¡Estás castigado!

Y pareció que el Labrador comprendió, porque movió la cola, puso cara de bondadoso y soltó un breve aullido que sonó a «lo siento».

La señora de vestido azul se despidió del señor de pantalón verde y cada uno siguió por su camino.

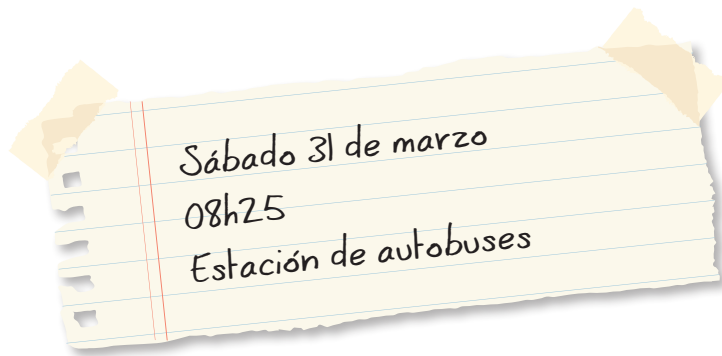
Pero Waldo y Polilla se lanzaron una última mirada de odio, una mirada de esas que podrían traducirse como: «¡Me las vas a pagar, saco de pulgas! ¡La próxima te arranco la nariz!».

Felipe, que había presenciado todo el espectáculo desde su ventana, escuchó entonces la voz de Mariela, su mamá, que lo llamaba desde la cocina:

—¡A desayunaaaaar! ¡Nos atrasamos, Felipe!

Él sacudió la cabeza, vio a los perros alejarse por la avenida y sonriendo pensó: «¡Qué animales son los animales!».





A las 08.10 de la mañana, Mariela y su hijo Felipe llegaron a la estación de autobuses, con una pequeña maleta, y compraron los boletos para viajar al pueblo donde vivían los abuelos. Viajarían en los asientos 5 y 6.

En ese instante, cuando parecía que las vacaciones más lindas estaban a punto de comenzar, Felipe escuchó a su madre saludar a alguien:

—¡Hola, Agustina! ¡Tanto tiempo sin verte!

Luego vino el abrazo, el beso y lo que se dicen todas las mamás y sus amigas cuando se reencuentran después de un largo (o no tan largo) tiempo: «¡Qué sorpresa! ¡Qué alegría verte! ¡Dónde te habías metido? ¡No me digas que tú también vas a San Vicente! ¡Estás guapísima! ¡Y yo con esta pinta! ¡Ay, amiga, si supieras todo lo que he pasado...!».

Mariela y Agustina continuaron con su discurso de encuentro amistoso-maternal, sin darse cuenta de que a su alrededor una escena muy parecida a la que habían vivido un perro Labrador y una perra Bóxer en un parque de la ciudad, estaba a punto de estallar.